

devueltas, accediendo a tu reclamo.

Me acerqué a la ventana y ya los niños habían desaparecido de mi calle. Los acentos de su canto se percibían a lo lejos como un rumor de primavera, cada vez más lejos, hasta que al fin no se oyeron más... En aquel momento tuve la noción espiritual de que las cartas devueltas alcanzaban ya el término de su destino.

EL BESO

CUANDO estuvimos en mitad del pequeño puente que separa la arboleda del jardín, tomé su cabeza entre mis manos y atraje sus labios hacia los míos. Guardaríamos eternamente aquel secreto de nuestro amor. Ella bajó la vista y se puso pálida de pronto: en el cristal del río se estaban copiando nuestras cabezas, el ramaje y el cielo azul; y la onda bulliciosa que copió también el beso, se alejaba fugitiva pregonando nuestro amor.

ESPINAS

UNA ESPINA de cardo me hirió una vez en la mano. La herida fué cruel,

pero sanó a poco; y desde entonces mi mano huye siempre de los cardos.

Más tarde fué la espina de una rosa. La herida fué todavía más honda y aún no ha cicatrizado del todo; sin embargo, mi mano va siempre buscando las rosas, buscando las rosas.

EL CANTO NOCTURNO.

HE OBSERVADO que a ciertas horas de la noche la onda del manantial que llena mi huerto de frescor, adquiere un acento más puro, más dulce, melancólico y hondo. Esto ocurre cuando la soledad es completa, cuando el silencio lo llena todo y es más ténue y frágil la luz que se desprende de las estrellas.

¿Por qué razón es más armonioso ese canto nocturno a ciertas horas? ¿Por qué son más emocionantes sus notas? ¿Y por qué será que también, en la soledad y el silencio de la alta noche, a la vaga floración de las estrellas, es más tierno y hondo el canto interno que rima mi corazón al pie del florido balcón de tu recuerdo?

RUBÉN COTO

Pensar en una nueva América

PENSAR en una nueva América. Ahora se piensa en una nueva Europa, tal vez desde un punto de vista político y no desde un punto de vista moral. Porque si se aspira a una nueva conciencia europea no estuvieran allí las gentes aguzando sus espadas y llenándose la mente de torpes ideas.

Nosotros podríamos comenzar a pensar en una América, es decir, en aprovechar este continente, que es nuestro, para ofrecerlo a nuevos intereses del mundo. No es porque hayamos envejecido, no es porque hayamos perdido nuestra esperanza en el porvenir, no es porque nos haya fastidiado una civilización en decadencia. Al contrario, por todas partes se habla aquí de los tiempos futuros, de una juventud dispuesta para destinos desconocidos y de una cultura en formación. Sin embargo, hémos aquí inspeccionando el horizonte. ¿De dónde nos ha de venir el alma de una América nueva; de dónde nos ha de venir el mensaje que nos anuncie la hora de despertar y de crecer? Indudablemente estamos en espera de algo grande y nos sentimos con derecho a ello. ¿Qué es ello? La creación de una nueva raza, la actividad de mejores ideas, la seducción de nuevos ensueños, y el seguir hacia adelante por encima de las pasadas

glorias del hombre. A nosotros nos corresponde esta responsabilidad suprema de darle una nueva virtud y un nuevo sentido al trabajo humano. América, como el Asia y como Europa, han estado al mismo tiempo en el seno de lo desconocido para servir a las ideas de Dios.

Este desear una nueva América es para nosotros como un arrepentimiento instintivo y como la advertencia de nuestra elección y de nuestra salvación. Queremos ahora comenzar a vivir, comenzar a vivir de nuestras propias fuerzas, de la sustancia de nuestro propio continente, de la luz de la inteligencia americana. En Argentina como en México los preclaros intelectos reconocen el papel que nos corresponde desempeñar en este mundo y vislumbran los caminos de la futura y gloriosa peregrinación del espíritu de América o de nuestro espíritu.

¡América! Te sentimos en nuestro interior forcejando por libertarte, por redimirte, por volar hacia los amplios horizontes de la vida; te sentimos surgiendo de lo secreto de nuestra alma, llena de ansias altísimas y ya enferma de futuras grandezas. Estás en todas partes, en las montañas y en los ríos de nuestras viejas tribus, en el oro de nuestros reyes y en los bosques de nuestros contempladores y de nuestros

sacerdotes, en el mar de nuestros argonautas de bronce y en el cielo de nuestros dioses que se alimentaron con el perfume de las flores selváticas, en el corazón de todos los que hoy y siempre sintieron honra en llamarse Americanos. ¿Quién duda que tú te revelas vigorosamente en las cosas y en lo íntimo de nuestra mente varonil? ¿Quién duda que vendrás del fondo de la vida hacia la realidad de la historia?

Nos complace soñar en ti, pensar en ti y esperarte. Nos complace saber, porque lo sabemos, que no hay un solo grano de arena en este Continente, que no hay una hoja de yerba, que no hay un niño en nuestros sagrados hogares, en cuyo interior tú no te agites anhelante de sacudir tus alas y de cantar en lo alto el himno de una nueva hora, sobre los viejos días cansados y sangrientos de nuestra raza.

Eres una fuerza interior, eres una forma de la conciencia de la humanidad, eres una parte de este vasto universo. Estás hecha de virtud y de espíritu, sobre todo de espíritu, y te ofrecerás al espectáculo del mundo como algo nuevo, evocada y creada para empresas nuevas.

Hace varios siglos tú gritaste al hombre de Europa para anunciarte. Acababas de surgir como una divinidad de los pliegues azules de un inmenso mar temido y olvidado. Hace un siglo creaste un nuevo culto de la libertad, y ahora te dispones a presidir los destinos de la tierra. El carro de la eterna aurora te corresponde a ti manejarlo, Diosa Americana.

Pensemos en esta nueva América; en una grande y sola América sostenida por la mutua simpatía y comprensión de los pueblos americanos; alimentada con intereses comunes superiores; seducida por iguales y magníficos anhelos. Concibámosla y amémosla como a la patria de las nobles ideas que van a transformar y a orientar la vida. Que sea ella nuestra patria, y demos al olvido los rencores de ayer, las inútiles discordias de otras horas; ignoremos nuestros desastres y cubramos nuestros desengaños con los resplandores de una nueva ilusión.

¿Por qué habíamos de seguir siendo el reflejo de esta Europa de hierro y de lágrimas que se complace en la iniquidad y que hace una guerra no para definir los últimos ideales de la humanidad, sino para sembrar una futura discordia?

Hagamos de este Continente como el recinto sagrado de un nuevo hombre, de una nueva inteligencia, para que el mundo viva una nueva edad gloriosa.

RÓMULO TOVAR

(Diario del Comercio. San José de C. R.)